Experiencias vividas

Adoptado

Nacido en Colombia en 2003
Adoptado en Bizkaia en 2007

El pasado siempre está ahí, metido en nuestra cabeza, dando pequeños golpes o acompañándonos en el día a día, haciéndonos querer volver a momentos vividos, ya sean negativos o positivos.

Este relato está basado en mi historia personal, con nombres ficticios, y en cómo las experiencias vividas se reflejan en el ámbito de las relaciones sociales.

Soy Darren, un chico adoptado en Colombia por una madre euskaldun, June Errenteria, de Bilbao, cuando solo tenía cuatro años. June siempre ha sido consciente de las dificultades que he tenido para relacionarme con otras personas que no fueran ella o la familia. Lo percibió desde el día en que me conoció en el orfanato: me vio en una cuna, sin parar de moverme, rodeado de otros niños que, al igual que yo, necesitaban una familia que los adoptara.

June se fijó en algo que le llamó especialmente la atención. En la sala, varios niños intercambiaban juguetes y socializaban entre ellos, mientras algunos quedábamos apartados de esas interacciones. Yo era uno de esos niños que, por situaciones vividas, permanecía callado y sin relacionarme con los demás. También compartían la misma idea las monjas que nos cuidaban.

Aun así, June, decidida ante los retos que supondría la crianza, continuó con el proceso de adopción. La idea de convertirse en madre adoptiva nació desde su deseo de ofrecer una familia, estabilidad y educación a un niño que,

por circunstancias muchas veces desconocidas, se encontraba en situación de desprotección.

Y así llegué a casa; con cuatro años y con muy poca estimulación.

Los años siguientes fueron muy duros para mí. Principalmente en lo académico y lo social. Partía de un nivel de vocabulario muy inferior al de otros niños de primaria, y esas dificultades continuaron también durante la secundaria. En casa, la situación era mejor: contaba con el cariño de mi madre, ella me lo demostraba con cada abrazo. Sin embargo, no siempre compartía con ella todas las experiencias que vivía en el colegio, y eso le preocupaba mucho. De alguna manera, durante esos años de la etapa escolar, fui alimentando pensamientos negativos relacionados con las relaciones sociales.

Hoy en día, todo lo que viví en mis primeros años de vida –el orfanato, la escasa estimulación, los pocos recursos del centro y las experiencias de mi primera infancia– se reflejan en mi manera de relacionarme con los demás.

Siempre me levanto a la misma hora: las seis de la mañana. Preparo el desayuno con un toque de optimismo que muchos envidiarían. Tengo clase a las ocho, pero me gusta madrugar para ordenar mi mente y organizarme antes de afrontar el día. Me siento más cómodo.

Me siento bien conmigo mismo realizando mis rutinas: preparar el desayuno, lavar los platos y organizar la mochila para ir a clase. Incluso el trayecto en transporte público tiene algo especial para mí. Aunque no lleve auriculares, disfruto observando el ambiente que lo rodea.

Al llegar a clase, saludo a mis dos compañeros de clase. Me siento muy cómodo con ellos porque me transmiten la misma tranquilidad que siento en casa. Se podría decir que entro en una especie de subidón emocional. Estoy feliz por la compañía que tengo y voy contento a clase.

Una pregunta

Cuando suena el timbre al final de las clases, aparece una pregunta que siempre ronda mi cabeza: ¿prefiero ir solo hasta la parada del autobús o acompañado por alguien?

Esa decisión me pesa mucho, porque disfruto enormemente haciendo las cosas solo, y estando conmigo mismo. Sin embargo, cuando pienso en ir acompañado –ya sea con una persona o en grupo–, algo cambia en mi interior. Surge un pensamiento que se ha ido alimentando de manera inconsciente durante el día. Entonces, mi cuerpo entra en alerta durante unos segundos.

Si tuviera que responder rápidamente a esa pregunta, cualquiera diría que la mejor opción para mí sería ir solo hasta la parada. Pero hay un detalle que no puedo pasar por alto: la necesidad de relacionarme con otras personas. Es cierto también que, para sentirme bien, pienso que necesito estar constantemente hablando con alguien sobre temas que le resulten estimulantes y positivos.

Pero, teniendo en cuenta todo lo que siento respecto a las relaciones sociales, ¿por qué me cuesta tanto tomar esa decisión?

Gracias a un profundo trabajo terapéutico y a la implicación constante de mi madre, –acompañados de apoyo y orientación profesional–, he conseguido mejorar mucho

Gracias a un profundo trabajo terapéutico y a la implicación constante de mi madre –acompañados de apoyo y orientación profesional–, he conseguido mejorar mucho. Hoy en día no tengo grandes dificultades para hablar con mis compañeros o con personas desconocidas. Sin embargo, cuando se presenta la posibilidad de volver a casa acompañado por alguno de ellos, sigo inclinándome por la opción de ir solo, refugiado en mi propio mundo

A lo largo de los años he ido construyendo una especie de burbuja que me protege de aquello que me resulta incierto. Un espacio donde me siento

seguro, donde no existe la presión por mantener una conversación ni el miedo a no saber encajar.

O quizá no sea exactamente una burbuja.

Tal vez sea simplemente el lugar al que aprendí a regresar cuando el mundo exterior me resultaba demasiado difícil de comprender.

Y aunque hoy ya no soy aquel niño del orfanato, una parte de él sigue acompañándome. Está presente en cada duda, en cada decisión y en cada momento en que debo elegir entre compartir el camino con alguien o recorrerlo a solas.

Quizá la verdadera pregunta no sea por qué prefiero estar solo algunas veces, sino hasta qué punto sigo viendo el mundo a través de los ojos de aquel niño que aprendió a sentirse seguro únicamente en su propia compañía.